

RECENSIONES

GONZÁLEZ, José Ramón; MARTÍN JIMÉNEZ, Virginia; GIL-ALBARELLOS PÉREZ-PEDRERO, Susana y ALONSO NOGUEIRA, Alejandro (eds.) (2016): *Testimonios del desastre. Periodistas y escritores en los campos de batalla*. Gijón, Ediciones Trea.

Según Clausewitz, la guerra es la política por otros medios. Por eso los conflictos armados demuestran siglo tras siglo una tenaz capacidad de resistencia a los siempre bien intencionados como estériles esfuerzos por desterrarla. También una capacidad de adaptación a los cambios políticos, sociales y tecnológicos que nos lleva de las guerras medievales en campos de batalla acotados, a la guerra de trincheras en la Primera Guerra Mundial o a los conflictos asimétricos de nuestro tiempo, eso que Mary Kaldor llama “nuevas guerras”. Una mutación que demuestra que la guerra, extensión cruda de la política, no puede ser desterrada en cuanto la política -¿también la guerra?, ¿causa o consecuencia de aquella?- es un instrumento de gestión de los intereses contrapuestos que existen en las sociedades, sean éstas nacionales o internacionales. Eso lo saben bien los militares pero también aquellos que se han aproximado a las guerras desde una perspectiva puramente periodística o, por el contrario, literaria. A veces también, compatibilizando ambos códigos. De ese esfuerzo periodístico y/o literario por aprehender y comunicar el significado de la guerra trata un libro que da un paso más -muy necesario- en la construcción de un acervo académico español del periodismo de guerra en sus muchas formas pasadas y presentes, una reflexión independiente de la ya abundante producción sobre el tema en lengua inglesa.

Partiendo por situar la realidad zigzagueante de un periodismo de guerra nacional que se ha desarrollado -cómo no podía ser de otra manera- al ritmo de las decisiones políticas que o bien han traído la guerra a España o bien han convertido a los españoles en partícipes directos o indirectos de conflictos armados fuera de ella, el libro recorre un siglo largo de guerras, periodismo y literatura. Lo hace con una cuidada selección de cultores de la crónica de guerra, que Virginia Martín sitúa entre el periodismo y la literatura. Partiendo por una Concepción Arenal que a partir de un retrato concreto de la guerra carlista logra “reflexiones que pueden ser aplicadas a todas las guerras”. O los trabajos de Azorín en el París de la Primera Guerra Mundial; o en ese mismo conflicto, un Valle Inclán no muy cómodo con el periodismo pero que invitado por el Gobierno francés para hacer periodismo de guerra -más bien propaganda- vive

en primera persona esa tensión entre el lenguaje literario y el periodístico. Tensión que también protagoniza en la siguiente conflagración mundial un Agustín de Foxá que con Curzio Malaparte visitó el frente finlandés de donde salieron unas crónicas a veces demasiado largas -¿quizás por literarias?- para el gusto de los editores de *ABC*, aunque también tal vez por su compromiso inequívoco con el Eje y su propaganda, un ejercicio de persuasión que como en sus investigaciones sobre propaganda de guerra Pizarroso, Taylor, Pena Rodríguez, Moreno Cantano o Recio García han demostrado certeramente, invariablemente suele demandar el uso y abuso de la adjetivación.

Junto a autores de crónicas de guerra más identificados con la literatura, otros aparentemente más apegados al periodismo. Una práctica entendida idealmente como un ejercicio al servicio de una industria de masas cada vez más profesionalizada; que busca transmitir hechos debidamente comprobados por varias fuentes a través de un lenguaje directo y poco o nulo espacio para las recreaciones y los mundos paralelos que tan frecuentemente ofrece la literatura. Caso de una Martha Gelhorn que intentó resolver de golpe y en forma de oportunidad bien aprovechada el dilema vital y vocacional -literatura o periodismo- en el que se encontraba. La ocasión periodística, sin embargo, se la ofreció una Guerra Civil española tan literaria en su proyección posterior como pésima escuela de periodismo informativo, aunque sí de propaganda o literatura sin aspiraciones informativas. Hemingway como arquetipo.

El mismo debate de Gelhorn es el que tan minuciosa y rigurosamente describe y disecciona este libro: ¿literatura, periodismo o las dos cosas a la vez? Gelhorn se inclinó por el periodismo, aunque uno no del todo informativo. Uno teñido también de propaganda, mal endémico que el periodismo de guerra, con excepciones y como dejan ver los capítulos finales del libro, sigue teniendo problemas por desterrar. Los estudios dedicados a un Julio Fuentes asesinado en acto de servicio, Maruja Torres o Ángela Rodicio y sus trabajos en prensa y televisión -el medio también condicional- reflejan la tensión entre el relato personal, creativo y adjetivado con el más frío y puramente periodístico. La lectura de conjunto permite comprender mejor las distintas propuestas pero también la posibilidad de compatibilizarlas que no pocos han intentado con más o menos éxito. Una síntesis idealmente posible en procura de una información que, independientemente del predominio de una u otra forma, es la mejor herramienta conocida, si no para acabar con las guerras, al menos para entenderlas y aspirar a domeñarlas, al margen del periodismo y la literatura, desde la política, esa que las alumbra y ejecuta.

Pablo Sapag M.
Universidad Complutense de Madrid